

Ahora, si de los medios de precaver las catástrofes conyugales pasamos á los que puedan remediarlas, llegamos naturalmente al divorcio.

Es evidente que segun el estado de la sociedad actual, el divorcio, en un sin número de casos, se ha hecho indispensable, siendo preferible restablecerlo en las leyes ántes que admitir el homicidio en las costumbres. El divorcio tiene además la gran ventaja de liberar completamente los intereses y las personas, relegando al vacío los falsos valores para devolver á los verdaderos su precio, su circulacion y su fecundidad. Y no es esto todo: suprime una de las principales causas, y en todo caso la única disculpa del adulterio. Con él ya no existe el lazo eterno entre las incompatibilidades de carácter, y carece de base esta excusa de la adúltera: «Tomé un amante porque mi marido me engañaba, me arruinaba, me maltrataba, especulaba conmigo y me abandonaba.»

Hasta ahora nos hemos concretado al adulterio de la mujer, dando al parecer á entender que toda la culpa es de ella, pero ni remotamente tenemos tal idea. De cien mujeres culpables, ochenta lo son por culpa del marido, que en primer lugar no ha sabido escogerla ó ha apartado de sus fines el matrimonio, no haciendo comprender á su compañera ni las grandezas ni los goces de tan admirable institucion. Pero tambien es preciso reconocer que el adulterio del hombre no tiene ni puede tener nunca

ni la importancia ni las consecuencias que el de la mujer. En el matrimonio realmente, todo se ha hecho en ventaja de la mujer; y por esta razon, la ley, despues de armar al varon con esos famosos derechos preventivos de que tanto se queja la mujer, y que le permiten hacerse la victima ante los tiernos y superficiales, absuelve despues en el caso de acto *infraganti* todos los excesos de la ira en el hombre, lo mismo que los excusaria tambien en la mujer.

El gineceo, el harem, el convento, ciertos artículos del código, ciertos reglamentos de costumbres y la deshonor para las que se apartan de su deber, tales son las precauciones que el hombre ha creído deber tomar casi en todos los países. Y es que, lo volvemos á repetir, el matrimonio en su constitucion leal y regular redundo en ventaja de la mujer.

¡Obsérvese todo lo que encuentra en él, aparte de la realizacion de sus deseos naturales! Halla la libertad de ver, de conocer, de ir y venir, lo cual de soltera no podia hacer; cambia de nombre, es decir, que ya no su familia ni ellas mismas son las ridiculizadas ó deshonradas cuando engaña á su esposo, sino su marido, y cuando éste calla, el mundo tampoco dice nada. Él es el único responsable, y el dia en que sabe algo tiene que arriesgar su vida por la falta de la mujer ó exponerse ante un tribunal á la risa de todo el mundo. Por el contrario, nunca la mujer engañada es ridicula, siempre es digna de com-

pasion, y si perdona sin vengarse, entónces es heroica. Y por último, si se venga despues..... ó antes, tomando alguna precaucion y sólo con la prueba del techo comun, impone legalmente al marido los hijos concebidos fuera del matrimonio. Por muy listo que se suponga al hombre, aunque sea el mismo Talleyrand forrado de Bismarck, le es imposible proceder recíprocamente. Si ha tenido un hijo fuera de su casa, fuera se queda; lo cual reasumia con gracejo cierta princesa diciendo á su noble esposo: «Yo puedo hacer príncipes sin tí, miétras que tú no puedes hacerlos sin mí.»

Esta ventaja considerable, inaudita, injusta, es la que ha hecho absolver el homicidio en el caso de *infraganti* delito, y para ello es preciso que el caso acontezca en la casa conyugal y que el marido lo haga sin premeditacion. En este caso, y cuando el marido sorprende á la mujer en aquella posicion sólo reservada al matrimonio y la mata, tiene el derecho de decir á los jueces: «No he matado á esta criatura sólo por satisfacer mi ira, mis celos, mi orgullo, mi amor; la he matado para ahogar en ella el gérmen de un hijo que iba á imponer á mi confianza, á mi cariño, á mis caricias, á mi trabajo, á mis hijos legítimos, á mi nombre y á toda la posteridad de mi nombre.» Y la justicia humana tiene que callar. ¿Y no sería mejor en esta ocasion y en algunas otras bien precisas y determinadas autorizar y hasta exigir

el divorcio? El marido, auxiliado por el magistrado, justificaria el delito, y ya que no fuese sin ira, por lo ménos sin cometer un crimen, diria á la ley: «Hé aquí una mujer que no me ama, y que por el contrario quiere á este caballero en camisa que está ahí; tambien él la adora, puesto que se están dando maña para dar el sér á un tercer individuo en quien revivirán y á quien probablemente tambien amarán. Libradme de la señora y á ella de mí. Que se case con el señor, que legitimen su hijo, y esto vale más que obligarme á que yo mate á la señora, al señor y al gérmen en cuestion, quien en el hecho de ser hijo del amor será quizás un hombre célebre, tal como Alembert ó el bello Dunois.

¿Da este resultado la separacion? No, la separacion separa y nada más, pero no liberta. No rompe la cadena; lo que hace es alargarla, y por consiguiente hacerla más pesada. Ata desde léjos y para siempre al inocente con el culpable, le arrebató su mitad sin permitirle otra. Sentencia á los dos, al culpable y á la víctima, á las mismas penas, al celibato y á la esterilidad, y si llegan á quebrantar su condena, á no ser que lleven siempre consigo el *Tratado sobre el principio de poblacion de Malthus*, destina los hijos que tengan, y que bien inocentes son, á aquello de *padre y madre desconocidos*, que será quizás la deshonra y la desgracia de toda su vida. Tales son algunas de las razones, razones ex-

celentes, de las que se valen los partidarios del divorcio, á lo cual contestan los adversarios de esta opinion:

«Primeramente y ante todo, no convenimos en que el matrimonio sólo es la union de dos intereses, de dos caprichos, ni aún de dos amores: es la alianza, es la comunión eterna de dos almas, y por esta razon es y debe ser indisoluble. Es el acto más grave de la vida, puesto que empeña la eternidad, en el cielo por el juramento, en la tierra por la descendencia y por la herencia. Hasta el último momento hay tiempo para pronunciar el *No*; no se casa á nadie á la fuerza. Por consiguiente, tomad vuestros informes, pensadlo detenidamente, toda la vida si gustais; pero ya lo sabeis, estais prevenidos, que una vez dicho el *Si*, sólo la muerte podrá libertaros. Si os habeis equivocado, tanto peor para vosotros. Todo lo que haremos será separar vuestras personas, no dejándoos solidarios uno de otro, y esto no siempre, sólo en casos determinados. Entónces casaos bien, ó no os caseis.

»Respecto á los hijos que pudierais tener cada uno por vuestro lado, despues de estar separados, no tenemos por qué preverlos ni por qué garantizarlos; nosotros sólo debemos atender á los que os autorizamos á tener juntos, cuando libremente os habeis comprometido á permanecer eternamente unidos. Son los únicos que reconocemos. ¿Qué sería de

ellos con el divorcio recobrando el padre y la madre una absoluta libertad? ¿Quién de los dos se encargará de ellos? ¿A quién se los impondremos? ¿Al más honrado? ¿Y si el más honrado es justamente el que no tiene recursos para vivir? ¿Entónces, al que posea más? ¿Y si el más rico es justamente el más inmoral de los dos? Que el Estado se encargue de ellos, reteniendo para atender á su educacion la cantidad necesaria sobre los bienes de ambos divorciados. ¿Y si ninguno posee nada? Entónces quedará el amor paternal ó maternal para resolver la dificultad. ¡Ay! Sucede con el sentimiento paternal y maternal lo que con todos los grandes sentimientos, que requieren suma constancia é inmensos sacrificios: anda ese amor muy escaso, y sobre todo el paternal, sin lo cual no se explicaría el treinta por ciento de hijos naturales, sin contar las esterilidades voluntarias, los abortos y los infanticidios ignorados, ni el ochenta por ciento de mortandad en las criaturas que se confían á las primeras nodrizas que se presentan, quienes los llevan al campo, donde sin que los padres se ocupen de ellos los atracan de esa papilla de que los pobrecillos se resignan á morir, como si comprendieran inmediatamente que no pueden hacer otra cosa mejor. El amor paternal y maternal existe indudablemente, y entónces tiene méritos divinos; pero no existe tanto como se cree ni tanto como se dice. La Naturaleza no lo ignora, y por eso sin duda

ha dispuesto que el placer precediera á las cargas. Podeis juzgar por el número de los que sólo quieren el placer sin las cargas, cuántos aceptarían las cargas sin el placer, ó con la sola probabilidad de los goces de familia. ¿Creeis que el hombre y la mujer que se entregan al amor sin haberse dado aquella prueba de estimacion que se llama casamiento, corriendo el albur de dar vida á una criatura, que carecerá de padre y madre legítimos y responsables, experimenten el sentimiento paternal y maternal? ¿Creeis que el hombre y la mujer que se casan por cálculo, por ocasion, por costumbre, hasta por amor, piensan mucho en la criatura que va á resultar de su casamiento, y que más bien es una consecuencia que un propósito, cuando no es un medio de asegurar intereses y realizar combinaciones? Y por último, ¿creeis que el hombre que abandona el techo conyugal en busca de aventuras, y la mujer que confía su niño á la vecina ó á la criada para ir á corretear, quieren mucho á sus hijos? No, no. La humanidad es susceptible de buenos sentimientos; pero es necesario casi siempre obligarle á que los tenga, y si no la impusiéramos ciertos deberes, se desentendería de ellos con demasiada facilidad, aun tratándose de los que son su mejor vanagloria. El matrimonio es uno de nuestros últimos medios de moralizacion. No lo desprestigiemos. Cuanto más conozcan los hombres y las mujeres que es un acto irrevocable, mejor ad-

quirirán la costumbre de considerarlo como un acto serio.»

Todo ello es cierto por una y otra parte, y cuando es la Iglesia la que habla, como acabamos de indicarlo, comprendemos su lenguaje. La Iglesia ni puede ni debe admitir el divorcio, siendo el matrimonio para ella la union de las almas, salvo en el caso de adulterio, previsto por la ley de Moisés, y amparado explícitamente por Jesús (CAPÍTULO V, *versículo 32, Evangelio de San Matías*); pero la ley civil es la que habla así, no podemos admitir su implacabilidad, y esta ley es la que nos rige, puesto que sin ella el casamiento religioso no tiene ningun valor. La ley sólo se ocupa de los intereses sociales y terrestres del hombre á quien está encargada, ó más bien se encarga de mantener en equilibrio entre el deber y el derecho. En resumen, el casamiento para ella no es más que un convenio como otro cualquiera, un contrato sinalagmático, en el cual se comprometen ambas partes mutua é igualmente, debiendo, por consiguiente, deshacerse cuando una de las partes probase que la otra se ha evadido de los compromisos contraídos con conocimiento de causa. Pero la ley invoca siempre la cuestion de los hijos, que son la consecuencia de ese contrato que por su intervencion adquiere condiciones de índole especial. Enhorabuena. ¿Y cuándo no hay hijos? Entónces el argumento carece de base. ¿Y cuándo el niño es pre-

cisamente la prueba del delito? ¿Qué es entonces de la intervencion del niño?

Ahí teneis un jóven de los más honrados, de los más laboriosos (y no hablo en hipótesis, sino que refiero hechos bien conocidos), que encuentra á una señorita rodeada de la familia más honrada y estimada, segun la opinion general. La niña agrada al jóven, quien la pide y se casa con ella. La doncella se halla en cinta de dos meses, resultado de unos amores con el lacayo. La honrada familia, que no lo ignoraba, ha hecho cargar legalmente con su progeneritura y su descendencia á un hombre pundonoroso por haberse fiado de la palabra de honor de los padres. Entonces se dirige á la ley, y ésta le contesta: Se va á proceder á una denegacion de paternidad y á separarte de esa miserable criatura.—¿Entonces podré casarme con otra?—No, no podrás contraer otro matrimonio hasta que ella se muera.—¿Y si vive más que yo?—No te volverás á casar nunca.—¿Y si yo quiero amar y tener hijos que lleven mi apellido?—Es imposible.—Pero yo no he hecho nada malo.—Tanto peor para tí.—Eso es abominable.—Pues así es.

Ved ahora á una señorita de las más respetables, que encuentra en la sociedad á un jóven que tiene, segun se dice, los mejores informes. Este jóven es admitido en casa de la novia, agrada y es aceptado. Se firma el contrato y se celebra el casamiento. Una

hora despues de haber salido de la iglesia, y ántes de terminarse la comida, aquel jóven sale y ya no se le vuelve á ver más. Se marchó llevándose el dote y dejando á una mujer virgen y arruinada. Esta se dirige á la ley, que le contesta: Es cierto, *señora*, que os habeis casado con un estafador.—Pues bien, ahora devolvedme mi libertad.—No.—Pero entonces, ¿qué debo hacer?—Esperar.—¿A qué?—A que vuelva.—¿Y si no vuelve?—Esperar que muera.—¿Pero y si no muere?—Entonces tanto peor para vos.—¿Y si amo á otro hombre?—Sereis deshonrada.—¿Y si tengo hijos, porque al fin he nacido para ser madre?—Serán bastardos.—Pero esto es inicuo, porque al fin yo soy inocente.—Pues así es.

La ley podria añadir lo siguiente: Hemos hallado circunstancias atenuantes en favor de los incendiarios, de los asesinos, de los parricidas, y en ciertas épocas ó aniversarios, cuando se han conducido bien durante algun tiempo, les devolvemos la libertad.

—¿Completa?

—Completa.

—Muy bien.

En ese caso, y francamente hablando, teneis razon; el marido engañado de ese modo por aquella familia, y la mujer abandonada y robada por aquel bribon, eso es abominable.

Miéntas escribo esta carta se está viendo la causa de Mr. Dubourg. Este acontecimiento es el que ha mo-

tivado vuestra epístola y mi contestacion. ¿Quereis que cojamos el acta de acusacion, que la hagamos cuatro dobleces, que la arrollemos alrededor de una varita de avellano atándola con una cinta negra, y que la fijemos en este punto de nuestro discurso como señal para encontrar nuestro camino cuando volvamos de la excursion que vamos á hacer? Porque ahora vamos á remontarnos un poco alto, nada ménos que á la creacion del mundo. No os riais, es formal; mas no os asusteis, el viaje no será tan largo ni tan fastidioso como podria suponerse.

Partamos.

Acceptamos la Biblia, ¿no es verdad? Si respecto á la ciencia no es un libro irrefutable, como tradicion histórica es sin disputa el libro más antiguo, el más original, y en todo caso, como tradicion moral, religiosa, divina y funcional del hombre y de la mujer, es el más completo. Como hombre, me busco en los orígenes consagrados y aceptados por el hombre. Dios forma al hombre con un poco de barro, le sopla un alma de boca á boca, lo hace varon y hembra en un solo cuerpo, es decir, que á la vez le dota de inteligencia y de sentimiento, y dispone que hombres y mujeres procedan de él. Le ordena crecer y multiplicarse. Por consiguiente, el hombre constituye parte de la creacion una y directa; es en forma, en espíritu y en destino directamente correlativo con su criador. Si Dios ha creado al hombre es sin duda

porque necesita de un intermediario entre su poder y la tierra recién creada, con un objeto que todavía no dice. Despues, Dios advierte que el hombre no es suficiente, y por primera vez, desde que principió su obra, dice: *Esto no está bien. El hombre no debe estar solo; le daré una auxiliar semejante á él.*

Dios, pues, separa la hembra del varon; y no de la tierra ya, sino de la misma sustancia del hombre, saca una nueva efigie humana, que es la mujer. Ambos séres, que han nacido el uno del otro, son los que deben aspirar eternamente á formar una sola y misma persona para un solo y mismo fin. La mujer, sin embargo, aunque de forma más bella y de carne más fina que el hombre, puesto que ha sido sacada de una materia ya retocada por Dios, es de origen ménos elevado, porque no ha recibido el soplo divino, no participando más que del recibido por Adán, ni habiendo sido evocada más que como auxiliar y como complemento. Por consiguiente, sólo es de segunda creacion, y el hombre que ha sido creado anteriormente permanece colocado entre ella y el Criador. No ha sido á ella á quien Dios ha dado el Eden y los animales; no es á ella á quien ha mandado crecer y multiplicarse; no ha sido á ella á quien ha prohibido comer la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal. No tiene ni poder, ni movimiento propio, ni responsabilidad. Entre los tres términos de que procede, Dios, el hombre y la tierra, ella se

encuentra aguardando su destino. ¿Cuál de los tres se la apropiará?

La serpiente entra en escena, representando á la tierra, de donde procede, en todo lo que tiene de más lóbrego y de más bajo. Es el instinto y la animalidad, pero sólo apelando á lo ideal va á degradar á la mujer, porque sabe que está animada de una parte del soplo divino que ha penetrado al varon. Le aconseja que haga comer al hombre la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal, es decir, que se apodere de *todo* lo divino que está repartido entre ambos en dosis determinadas, haciéndose iguales al Dios total de quien dimanar, él por inspiracion primera, ella por reflexion ulterior. Y como no ha sido á ella personalmente á quien Dios ha prohibido tocar á la fruta que la serpiente la invita á coger, tendrá derecho á decir por primera vez lo que tantas otras mujeres repetirán á menudo, en el transcurso de los siglos, cuando las sorprendan en una falta: «Yo no lo sabia.» Y tambien, cuando Dios tenga conocimiento del pecado, el hombre acusará á la mujer por haberle llevado la fruta tentadora, y la mujer acusará á la serpiente por habérsela enseñado. ¿Cuál es el primer resultado de esta ciencia del bien y del mal que acaban de adquirir?

El primer efecto que produce es iniciar á las dos primeras criaturas en el secreto de la creacion humana, que Dios aún no les habia descubierto, puesto

que duplicó á Adan durante su sueño, sin que el hombre tuviese conciencia de aquella evocacion de su carne. El secreto de la procreacion entre ambos, que Dios se proponia divulgarles cuando lo juzgara oportuno, les es de repente revelado, y desde el primer bocado, el deseo de usar de aquel divino privilegio corre por sus venas. Y por esta razon, cuando Dios los llamó, *vieron que estaban desnudos y que eran de distinta forma*; y por eso tambien se taparon con hojas las partes de su cuerpo que denunciaban, á pesar suyo, su irresistible tentacion y su inmediata tentativa. Porque el crimen de la reproduccion voluntaria, ese crimen de usurpacion humana sobre las prerogativas divinas, aún no se habia cometido. No se consumará hasta despues de la salida del Eden. Hasta ahora sólo hay desobediencia y deseo. Pero esto basta. El mandato supremo ha sido despreciado; y entónces (es muy grave y muy importante consignarlo), despues que Dios ha condenado á la serpiente á arrastrarse por toda una eternidad sobre la tierra; despues de haber condenado á la mujer á los dolores de parto, es decir, de la formacion de los séres; despues de haber impuesto al hombre las fatigas del trabajo, es decir, de la elaboracion de las cosas, echa á Adan del Eden. ¿Por que? ¿por haber comido la fruta prohibida? No, eso no es más que una razon secundaria. La primera y principal es por haber *escuchado la voz de la mujer*.

Dicho de otro modo, porque la voz, la sola voz que el hombre debe escuchar es la de Dios, su único amo, la voz que viene de arriba; cualquiera otra no puede proceder más que de seres derivados ó dependiendo de él, y por consiguiente inferiores; y toda voz que venga de abajo, no se dirigirá nunca, cualesquiera que sean las promesas que haga, más que á la parte inferior de su sér, á la que por instinto ha ocultado porque le asimilaba á la bestia.

Despedido el hombre, se lleva á su mujer consigo, ese auxiliar sin el cual ya no puede pasar, que es la carne de su carne y los huesos de sus huesos. De la ciencia del bien y del mal ha sacado el secreto de la creacion, ó mejor dicho de la procreacion humana. No se lleva la vida eterna, pues no ha tenido tiempo de tocar al árbol de la vida; por consiguiente morirá, pero se reproducirá.

La eternidad perdida para el individuo, pertenecerá á la especie. La humanidad va á sustituirse al hombre.

Adan y Eva se hallan ya fuera del Paraíso, ante la tierra inmensa, desierta, inculta y hostil. Entonces, y sólo entonces, es cuando, segun relacion bien explicita de la Biblia, hacen uso con toda libertad del secreto que el árbol de la ciencia del bien y del mal les ha enseñado, y cuando léjos de los ojos de Dios Adan conoce á Eva, empleando la misma expresion del libro consagrado.

El primer nacido de Adan y Eva es Cain, el hijo de la desobediencia, de la tentacion, de la curiosidad, del desórden.

La herencia fisiológica empieza, y sin embargo, Eva, á pesar de la parte que se le atribuye en la ciencia del bien y del mal, no tiene el menor presentimiento de ello, pues exclama al dar luz á Cain: «¡He adquirido un hombre por medio del Eterno!»

La mujer entera, toda la segunda mujer, la del *hogar*, de quien hemos hablado anteriormente, se encierra en esas palabras. Apénas ha seducido al hombre, apénas ha concebido por él, apénas es madre, cuando ya aspira, una vez terminada su funcion terrestre, á desprenderse del varon, el intermediario formal, á quien ya sólo considera como instrumento y accesorio; y porque ella ha dado su carne y su sangre para la formacion del primer sér tiende á ponerse por encima de la creacion jerárquica anterior, en el principio mismo de todas las cosas, en efecto comun con Dios. La lucha de lo masculino con lo femenino se acentúa de este modo, desde el principio tradicional, fisiológico y psicológico del mundo.

Desde aquel momento, la mujer madre queda clasificada y conocida. Solicitada á la vez por el instinto dentro de sus entrañas, por lo ideal en su corazon, y por la curiosidad en su espíritu, llama al hombre, lo recibe en forma, lo recoge en esencia,

le paga con una sensacion de la cual participa ella más ó ménos, se repone en seguida y se remonta hasta Dios, extrae y suprime al intermediario hasta un nuevo llamamiento de la Naturaleza, y últimamente se declara superior al hombre por su forma, por su sentimiento, por su funcion y por su utilidad, y preciso es decirlo, por la sujecion del hombre mismo á la sensacion que ella le hace experimentar. Tal es la madre, ora dé la luz á Cain, ora á Abel; tal es la verdadera madre, tal es nuestra madre cuando la evocamos en nuestro amor y en nuestro respeto. La desprendemos completamente nosotros tambien hasta del hombre que es nuestro padre, y considerariamos como sacrilego é incestuoso el imaginarla como cómplice del hecho á que debemos el sér. La rodeamos de un misterio que le da derecho casi á creerse en relacion directa con Dios, pues el hombre sólo es admitido por espacio de un minuto. Y no es esto todo; nada hay que anuncie al hombre que va á ser padre. La mujer es la que recibe la primera noticia por una comunicacion secreta, íntima de la Naturaleza, y ella es quien se lo anuncia al hombre, que á su vez ya no es más que un sér pasivo.

¡Qué admirable evolucion del gérmen creador depositado por Dios, transmitido por el hombre, recogido por la mujer, restituido por ella al mundo exterior bajo su forma planetaria, hasta que Dios lo

recobra para sus eternos fines armónicos, despues de esa última metamorfosis que llamamos *muerte*, nuevo gérmen para otro estado! Y durante esta evolucion, el gérmen, invisible á la simple vista, ha creado, no sólo á la criatura varon ó hembra, sino tambien á la madre, al padre, al hombre, la vida, el pensamiento, el movimiento, el amor, el bien y el mal. Dejémoslo consignado, y tributemos á todo esto nuestra admiracion; es lo mejor que podemos hacer.

El hombre tendrá, pues, que reconquistarlo todo; el Eden perdido por la mujer, la mujer que se le va por la maternidad, el niño que le sustrae la madre. Por esta triple conquista moral se afirmará varon, se constituirá padre, pondrá las cosas en su verdadero lugar, conforme á las miras providenciales, y se hará reconocer por lo que es, el mediador consciente entre Dios su Criador y la creacion que le está sometida.

El Señor, que habia establecido leyes naturales que se proponia dar á conocer á Adán si éste no hubiese prevaricado, leyes que el hombre desde entonces se ve obligado á aprender una por una y sin el auxilio de la mujer, el Señor castiga inmediatamente con una de esas leyes la falta y el orgullo de Eva. Aquel niño que ella creía haber adquirido por Dios, el Señor lo maldice. Cain, el primer nacido de la doble tentacion y del doble error de su padre y de su madre, va á ser necesariamente criminal. Ya se

establecen las fatalidades hereditarias. El dogma del pecado original no es sino una ley fisiológica. Cain mata á Abel, en cuyo nacimiento no ha tenido ninguna parte la serpiente. El sér de instinto mata al sér ideal, que el Señor recoge en sí y que será devuelto á la tierra con el nombre de Seth. Entónces es cuando Eva podrá exclamar: «He adquirido un hombre por el Señor,» *mas ya* no se atreve á decirlo. Desconfía de sí misma, está dócil, se ha reconcentrado, y entónces es cuando verdaderamente va á ser la madre de los hijos de Dios.

Cain, marcado por una señal, ha salido de la primera familia, anda vagabundo y al fin llega al país de Nod. ¿En dónde se halla ese país? Nadie ha podido todavía decirlo; allí conoce á su mujer. ¿Qué mujer? Nadie lo sabe, pues segun la Biblia sólo existe en la tierra una sola mujer y ésta es Eva. ¿Qué significa esto? ¿Quiere eso decir acaso que Cain está en lo que no existe y que fecundiza lo que no debe ser? ¿Qué humanidad es esa desconocida hasta entónces, misteriosa y fuera de la ley donde Cain y sus descendientes hallan las hembras que les hacen falta para perpetuar las tradiciones del mal? ¿Es acaso un poder de abajo igual y hostil al de Dios el que suscita esa horda bastarda contra el pueblo elegido? ¿O bien han desobedecido también los animales como el hombre y la mujer? ¿Han comido acaso *la yerba del bien y del mal*, y ensayando por su lado una

creacion que les estaba prohibida han llegado á dar vida á esas semejanzas de hombres llamadas monos? ¿Cain el asesino, el maldito, el fugitivo, el primer hombre de manos ensangrentadas, se contentará con una mona para su primer amor, probablemente tan monstruoso como su primer odio, haciendo acaso predominar en el cruce de razas lo que le resta y que no le puede ser arrebatado de su tipo superior? Porque él procede, en último resultado, de lo que procede de Dios. Entónces posible es que el gérmen de humanidad depositado en aquel medio, una vez llegado á su punto culminante é incapaz de elevarse más por sí propio, rectifique los séres subsiguientes y les dé todas las apariencias del tipo más elevado, ménos el alma, que aquel generador maldito no puede transmitir porque él ya no la tiene. De aquí resultaria esa humanidad puramente animal con aquella mona por madre, de la cual ciertos sabios modernos se empeñan en descender, miétras que nosotros, que no somos de ese modo de pensar, pretendemos descender directamente de Eva. Es posible. El resultado es que los antropomorfos pululan de tal modo que pronto llenan la tierra y llegan á dar productos tan hermosos físicamente, que algunos hijos de los verdaderos hombres se dejan á su vez seducir por sus hijas, monas rectificadas. De este modo continúan las mezclas, amenazando, ó bien con la degeneracion de los hijos de Dios, ó con la elevacion

de la descendencia de Cain. Entónces es cuando para proteger á los suyos el Señor abre las cataratas del cielo y ahoga á todos los hombres y á todas las mujeres, excepto á Noé, sus tres hijos y sus tres nueras. La primera, la verdadera, la única familia tolerada por Dios es elegida y recogida con los animales que le deben eternamente estar sometidos dentro del arca, segundo Eden flotante sobre las aguas vengadoras. Y como lo que ha sido una vez no puede nunca dejar de ser bajo una ú otra forma, el gérmen cainico va á reproducirse en Cham, quien una vez la tierra conquistada y hecha la alianza, ultrajará á su padre y se hará maldecir y despedir á su vez. De él descenderá la raza que será siempre más difícil de rehacer, aun cuando Jafet, el padre de nuestra jóven Europa, el congraciado de Dios, haya habitado en los tabernáculos de Sem, el Asia antigua que se va extinguiendo de dia en dia.

Desde aquel momento Dios, que ha prometido no volver á hacer perecer á todos los hombres, se contenta con proteger é instruir á su grupo de elegidos. Allí es donde por medio de los patriarcas va á establecerse la familia humana sobre unas bases definitivas que nunca nadie podrá modificar sino con riesgo para sí, para su familia y para los demás; allí es donde la tradicion del hombre por Dios, con Dios y en Dios va á establecerse por Moisés en sus Mandamientos, que serán el fundamento inquebrantable de

la sabiduría, de la moral, en una palabra, de la conciencia, ese eden interior del hombre. Mientras tanto, alrededor y al encuentro de aquel pequeño grupo depositario de las verdades y de la salvacion, las falsas civilizaciones nacen, crecen, brillan, asombran, espantan, se corrompen, se hundén y se desvanecen unas tras de otras. La descendencia de aquél que Eva creia haber adquirido del Señor, las funda, las atraviesa y las descompone, proclamando siempre y en todas partes el poder insolente del hombre libre y el triunfo estúpido de la materia.

Porque ya no existe Dios, ó mejor dicho cada cual tiene el suyo. Los unos divinizan las cebollas, los otros el buey de carne ó el ternero de oro, estos otros el fuego, aquellos el agua; se inclinan delante de un pedazo de madera, se postran ante un guijarro, se matan y se prostituyen ante un ídolo de bronce ó de cobre. Ya no hay cielo, sólo existe un Olimpo, y sólo se oye hablar de amores entre los dioses y las mortales, entre las diosas y los hombres. Es un ir y venir continuo del Olimpo á la tierra y viceversa. Júpiter, el rival y el sustituto del Dios de Noé, de Abrahan, de Jacob, de José, de Moisés, de Josué, de Samuel, de Saul, de David, de Salomon, de Job; Júpiter se transforma tan pronto en cisne como en toro, ó en lluvia de oro, segun que la dama necesite un galan cariñoso, robusto ó generoso. La casta Diana baja ella misma de su carro

de plata para entregarse á Endimion detras de una nube, y la juiciosa Minerva viene á disputar la manzana del pastor Páris entre Vénus y Juno. Diez años seguidos se batan por la querida de aquel tunante, y el mejor poeta de la antigüedad describe en versos imperecederos las desgracias que ocasiona. Sócrates come en casa de Aspasia. Pericles se casa con ella. El areópago absuelve á Frine porque es hermosa. Praxiteles coloca su estatua en el templo de Delos entre la de Apolo y la de Arquelao; los griegos más ricos apartan algunos ahorros para darse de vez en cuando el lujo de una de aquellas cortesanas de Corinto que Demóstenes regateaba pareciéndole demasiado caras; en fin, las descendientes de la familia de Cain triunfan por completo. Las adoran, las glorifican, las divinizan; y viendo esto el hombre, á quien vuelve loco el deseo de omnipotencia, se declara buenamente Dios á su vez. Se manda hacer un rayo artificial como Caligula, y entrega por cónsul su caballo á sus súbditos, que tampoco merecerian otra cosa, en virtud de aquel axioma segun el cual los pueblos tienen siempre el gobierno que merecen. Todo esto pasa miéntras que la emperatriz se entrega á los atletas en las callejuelas, hasta que tengan que llevar su cuerpo fatigado quizá, pero nunca saciado, en un carro lleno de aquel fango particular que ha servido para amasar su raza.

Pero hace ya cerca de siete siglos que ese pue-

blo, providencial sin saberlo, sujeta, revuelve y labra todos los demás pueblos del globo, para que puedan con más seguridad recibir la semilla de la cual saldrá un nuevo mundo. Roma ha ido á despertar á Sem en el Asia y la India, á Cham en Egipto y África, á Jafet en Alemania, España y las Galias para que atiendan á lo que el Dios de sus padres les va á decir.

Y en efecto, los hombres han llegado á tal grado de locura, de orgullo y de corrupcion, que sólo resta á Dios exterminarlos á todos ó salvarlos. Mas Dios ha prometido á Noé que ya no hará perecer á todos los hombres en masa. El mundo, pues, no va á ser destruido, sino salvado.

Para que su intervencion y su voluntad sean incontestables, Dios va á invertir las leyes de la Naturaleza en un hecho contra cuya verosimilitud é imposibilidad ha venido á estrellarse todo el racionalismo humano hace diez y ocho siglos.

De repente, una mujer, ó por mejor dicho una Virgen de 16 años, repitiendo despues de cinco mil años la primera palabra de la primera Madre, exclama: «He adquirido un hombre por el Eterno.» Solamente que esta Virgen ahora no se engaña y sabe lo que se dice. Se le ha aparecido un ángel para venir á anunciarle que no se sorprenda, porque iba á concebir por el éxtasis, así como las otras mujeres conciben por el amor. Maria ha sido elegida entre todas